

SUÁREZ Y EL "COMPROMISO HISTÓRICO"

DESPUES de Gil-Robles, Areilza. "Los viejos soldados no mueren: se desvanecen", dicen en Estados Unidos en estos casos. Mágicamente se han desvanecido estos dos soldados de todas las políticas cuando estaban a punto de llegar a la meta que parecían haberse fijado: el regreso al poder por la vía democrática. Si la cuestión Gil-Robles fue resuelta con adioses más o menos emocionados por parte de todos los observadores políticos, de la izquierda a la derecha, la operación Areilza ha sembrado la confusión y, sobre todo, la indignación de los grandes sectores democráticos, y de los no democráticos, porque ven en ella algo de mayor envergadura: una "operación Suárez". El presidente del Gobierno invade el centro, lo posee, lo estructura, lo ocupa y lo utiliza. Sobraba Areilza, y Areilza queda eliminado. Más allá, a lo que parece, de la misma situación presente: ya no es vicepresidente de su partido, ya no es ni siquiera militante; no se presentará a las elecciones y, según los rumores más insistentes, aceptaría una plaza de senador de los nombrados directamente por el Jefe del Estado. Senador vitalicio, se decía antes: un retiro honroso. Si la mención a la Corona se rehúye, parece en cambio estar presente que Areilza se desvanece por lealtad a la Monarquía. El hombre a quien se consideraba como seguro jefe del Gobierno cuando fue nombrado Suárez, el hombre al que se auguraba un futuro político trascendental, se va y deja lugar al joven "bulldozer" de la política, al Suárez arrollador.

NO es, sin embargo, la desaparición de Areilza lo que acongoja de verdad a toda la oposición, de todos los bandos, sino la "operación Suárez". Se denuncia por unos que la presentación electoral de Suárez dentro de un partido político es una forma de neofranquismo, de continuismo por otros medios: otros le reconocen su derecho electoral, pero acusan que de esta forma el Gobierno no podrá mantenerse neutral. Los hay que le critican ocupando su propia conveniencia: se ha erigido como una figura histórica, co-

mo el hombre capaz de hacer la transición del país desde la dictadura hasta la democracia, y aparecer en las elecciones le reduce, le minimiza. No deja de ser curiosa esta opinión por parte de quienes entienden que las urnas son sagradas y la voluntad del pueblo es soberana: nadie debería minimizarse por acudir a unas elecciones. Antes, cuando no se creía que Suárez descendería —lo de descender es una forma de dicción— a la liza electoral, se le criticaba por lo que parecía su forma de continuar en el poder sin el refrendo popular.

EN toda esta confusión, la postura más original es la del Partido Comunista, expresada por su secretario general, Santiago Carrillo. En una primera noticia divulgada por "Diario16" se le atribuían unas declaraciones en las que se afirmaba "pro-Suárez", aceptaba la candidatura electoral del presidente y se decía favorable a que su Gobierno continuase después de las elecciones. Santiago Carrillo ha rectificado esa "sorprendente información" que hubiera sido una especie de heroica inopor-

tunidad —muchos podrían decir, por lo contrario, que era oportunismo—, pero en realidad mantiene más o menos ese punto de vista, expresado con un razonamiento mayor. No entra ni sale en la postura política de Suárez y los partidos de centro, explica que siempre ha creído que Suárez intentaba participar en las elecciones que él mismo va a presidir para "capitalizar su acción", que las próximas elecciones "no van a ser todavía democráticas" y en fin, que dadas las circunstancias, la aceptación general de las elecciones tal como se van a producir, lo importante es que no gane Alianza Popular, "el neofranquismo de Alianza Popular". Una posición pragmática. Dicho de otra manera, una resignación. Parece incluso por estas manifestaciones ("Diario16", 26 de marzo) que llegaría a proponer un pacto con las fuerzas que ahora invade Suárez: "La única política posible es ampliar al máximo el cuadro de las fuerzas dispuestas a suscribir un pacto constitucional que asegure el libre juego democrático a todas las familias políticas del país y el más amplio respeto a los derechos humanos. Logros muy improbables si el neofranquismo de Alianza Popular gana". Hay un eco de berlinguerismo en esta suave y discreta propuesta, un cierto eco de "compromiso histórico"

EL fallo en este argumento es el de que nadie sabe cuál va a ser el comportamiento de Adolfo Suárez si gana las elecciones, como independiente o con el grupo centro, y sigue siendo presidente del Gobierno, bien por su triunfo electoral, bien por la reiteración de la confianza del Jefe del Estado (para lo cual, como se sabe, no es necesario ser parlamentario ni haber acudido a las elecciones). El comportamiento actual no cesa de ser inquietante, como reiteradamente se viene diciendo desde estas páginas. Cada paso adelante en la vía de la normalización del país está rodeando de tal clase de precauciones, de reservas, de medidas o de actuaciones, que da lugar a toda clase de sospechas legítimas acerca de qué clase de democracia se quiere instaurar. Se





Lo que se puede prever de las futuras Cortes no es muy satisfactorio.

modificación en la Constitución debe considerarse como constituyente. Pero la convocatoria oficial de Cortes Constituyentes tiene otro sentido: no hay en ellas dos cámaras, sino una sola, y su misión inmediata es la de redactar una Constitución, aun utilizando fragmentos mayores o menores de las anteriores. Es a partir de esa asamblea constituyente —como se ha producido en Portugal— cuando se convocan las elecciones



atribuye esta lenidad del Gobierno actual al cerco y las presiones ejercidas por su propia derecha. Es una imagen muy favorable: "Suárez querría, pero no le dejan...". Se había dicho que el referéndum debía ser la señal de partida de una nueva fuerza de Suárez, la que le daría el pueblo. El referéndum fue masivo en su favor y, sin embargo, el Gobierno ha tardado tiempo en conceder una forma de amnistía, que luego aplica con exasperada lentitud; ha descargado su responsabilidad en el reconocimiento de todos los partidos políticos, y ha continuado ejerciendo presiones sobre las fuerzas de la izquierda. Se dice ahora que un claro triunfo electoral le daría definitivamente la fuerza que necesita para romper el cerco antidemocrático y normalizar de una vez al país. Pero nada impide pensar lo contrario: que, refrendado por el voto popular, y designado de nuevo para continuar ejerciendo sus funciones de presidente del Gobierno, Suárez no se volviese más hacia dentro, o hacia atrás. Hacia el pasado más que hacia el porvenir. Todo ello dependerá de la composición de las Cortes, y de la función de éstas.

Lo que se puede prever de las futuras Cortes no es muy satisfactorio. La inoperancia de los partidos democráticos y de la izquierda española es notable. Y el mecanismo electoral interno sigue estando en manos de dos sectores poderosos: el nuevo centro, que puede ejercer una función de mando desde sus apoyos gubernamentales, y el grupo de Alianza Popular, que mantiene intactas la mayor parte de sus influencias, creadas en las distintas etapas en que sus dirigentes fueron ministros y por la adhesión de quienes la consideran la mejor continuadora del franquismo y, por lo tanto, de su seguridad en los puestos que desempeñan. Las Cortes podrían tener en ese caso dos grandes bloques, uno de ellos conservador, el formado por Alianza Popular y grupos menores de la extrema derecha, y el de los liberales presididos por Suárez. Con una izquierda desmigajada y desmantelada, que tendría voz en el Parlamento, pero cuyo voto sería insignificante. Dada la naturaleza de las cosas en nuestro país, esos dos grupos podrían turnarse en el poder. Largamente. Como en otros tiempos.

PORQUE hay otro equívoco, que es el del propio carácter de las Cortes. ¿Son o no constituyentes? Teóricamente, todo Parlamento que emprenda una

legislativas normales, ya con las leyes electorales aprobadas por ellas y con la configuración del estado que hayan definido. Aquí, la reforma constitucional la ha hecho directamente el Gobierno, se ha apoyado de manera insólita en las Cortes salientes y ha realizado por sí mismo la Ley Electoral aprobada por Real Decreto, ley sin estudio en las Cortes. Fácilmente se ha visto que el comportamiento de Adolfo Suárez en este caso va mucho más allá de un simple gobernante de transición, y está distante de una neutralidad gubernamental.

LAS nuevas Cortes, sin duda, producirán muchas de las reformas constitucionales que se esperan, pero las producirán de acuerdo con el grupo de la mayoría y con el equilibrio de la Oposición. De ellas no va a salir solamente la gobernación inmediata del país, sino la posibilidad del futuro. Las próximas elecciones —dentro de cuatro años— se harán ya con las reglas de juego adoptadas por estas Cortes y sobre todo por el Gobierno o por el presidente del Gobierno, que mantiene en la estructura política española, respaldado por el Jefe del Estado, un gran poder. Y que es muy sensible a su propia derecha. Lo que sin duda la oposición democrática comprende, pese al oportunismo coyuntural, es que no puede confiar suavemente en que las circunstancias del país —las circunstancias políticas— se modifiquen en su favor durante la primera legislatura. A menos que actúen ahora con una entereza política que les falta, y con menor resignación. Los dos caminos que tienen abiertos están claros: o se salen del juego electoral y se refugian de nuevo en la marginación de que se ha compuesto toda su vida política en los últimos cuarenta años, o realizan un auténtico pacto democrático y presentan candidaturas unidas, por encima de sus personalismos. Que esta unidad se realice contra el centro y la derecha, o que acepte incluir en ella al centro representado por Suárez, como parece dar a entender Santiago Carrillo, es un dilema difícil de resolver ahora. El reflejo antifascista antiguo requeriría la lucha contra Suárez como la lucha contra Fraga: el reflejo de "compromiso histórico" presente, la unión con Suárez. Para la cual había que contar con éste, lo cual no parece ser el caso. Y con razón. Una alianza con la izquierda democrática le restaría muchos de los apoyos y de los votos con los que cuenta en la actualidad. ■